

20 de junio. Día del refugiado.

Plataforma Bienvenidos Refugiados de La Rioja

Las palabras han dejado de tener significado, sólo hacen referencia a una imagen mental que no se adscribe ni conceptual ni significativamente a una realidad. A veces aluden a un estereotipo previamente construido, otras a un deseo, la mayor parte de las veces son un anzuelo emocional. Se rompen las empalizadas que protegían su significado de cualquier contaminación y se levantan muros, atractivos e infranqueables, que nos impiden utilizarlas con criterios unívocos, sobre todo, porque las palabras establecen una comunicación y, en ocasiones, es difícil encontrar alguien con quien hacerlo, más allá de la gestualidad. Pasa con fascismo y comunismo que se usan para designar ya, casi cualquier cosa. Se pretende desnudar de su significado profundo el término feminismo y se adereza de adjetivos y exclusiones para robarle su sentido último al lexema patria. Por poner tan sólo algunos ejemplos.

Esa desprotección conceptual convierte en indefensas a las ideologías que se sustentan en un análisis de la realidad que permita tomar decisiones como consecuencia de las implicaciones de ese análisis, y facilita la expansión de los populismos que recurren a esos mensajes de palabras desnudas, carentes de otras referencias, que trasciendan el mundo de los prejuicios, activando así las bajas pasiones identitarias que nos impiden ver la realidad más allá de la sombra de nuestras napias. ¡No a los inmigrantes! es un ejemplo. Ese grito desnuda la realidad de una sociedad, la europea, que se desmorona por su baja natalidad y que precisa de millones de migrantes que nos permitan mantener, a ellos y a nosotros, el estado de bienestar.

Identificar musulmanes con potenciales terroristas, a menores migrantes no acompañados con ladrones y violadores, a gay con pervertido, a feminista con andrógina..., es, cuando menos, perverso por peligroso, porque los mensajes de odio y la xenofobia quedan demasiado cerca de las simplificaciones. Estimular el miedo al diferente es el argumento principal de las misivas con las que nos bombardean quienes tratan de poner nuestra mente a su servicio, para que les votemos, para que aceptemos estoicamente nuestra situación, para alimentar el servilismo y limitar el discernimiento, reduciendo así el horizonte existencial a nosotros mismos, y, de paso, aumentando nuestra indefensión ante las propuestas más denigrantes del sistema.

Una de las mayores consecuencias de la revolución francesa, en el plano ideológico, fue el de la universalidad: de los derechos y obligaciones del ser humano, del concepto de justicia, de dignidad, de igualdad, de respeto, con independencia del color de la piel o la religión que se profesa. Una identificación con la modernidad que llevaba asociada la imposibilidad de una vuelta atrás. La posmodernidad está consiguiendo hacer efectivo ese retroceso y convertir los derechos, la igualdad, la justicia y cualquier otro principio en relativo. No podemos identificar leyes con justicia, ni pensar que son ellas las que definen nuestros derechos. Como no podemos dejar que las palabras, y con ellas los conceptos, pierdan su independencia y el carácter de generalidad que los caracteriza, no sea que lleguemos a creer que la libertad, por ejemplo, es el derecho a hacer lo que me dé la gana, independientemente de los efectos que esa decisión suponga para el resto, porque entonces estaremos justificando los actos y decisiones de ricos, poderosos, oligarcas, mafiosos, corruptos..., que son los que de verdad tienen capacidad para hacerlo.

Hoy, el relativismo moral, nos lleva a aceptar, sin ni siquiera pestañear, que ucranios sí pero sirios o marroquíes no. Un relativismo que implica justificar nuestra actitud, sin el menor desmayo, en que los unos son europeos y los otros no, en que unos son rubios y los otros no, en que unos vienen de una guerra cruel y los otros a robarnos, a hacer atentados o a quitarnos

el trabajo, como si tuviéramos en nuestro haber una escritura notarial de propiedad laboral. Si aceptamos de buen grado esa diferencia y la justificamos por razones estratégicas ¿Qué nos va a impedir mañana, con un nivel de maduración suficiente, rechazar a los jubilados por improductivos, a los antivacunas por peligrosos, a los fumadores por oler a tabaco, a los gays por antinaturales o a aceptar las deficiencias físicas o psíquicas como inhabilitantes? ¡Cuidado! Lo peor de no reconocer los Derechos Humanos y no identificar la universalidad en ellos, es que, en uno u otro momento, podemos pasar a formar parte de los excluidos puesto que estamos renunciando de facto a la igualdad y a la justicia.

Como tampoco podemos confundir ser y estar, potencia y acto. Seguramente, las autoridades riojanas no son racistas, aunque en el caso de los refugiados se hayan comportado como tal. Es muy probable que sean transparentes en esencia a pesar de que, desde la Plataforma Bienvenidos Refugiados, por diversas vías, se les hayan formulado preguntas en relación con los refugiados y hayan dado la callada por respuesta. Las palabras vacías y los gestos están de moda. No parecen implicar compromiso alguno a quienes las pronuncian. Nuestra obligación es exigirselo.